

*Dios y Satán han quedado en un bar para hablar de sus cosas. Lucifer, como de costumbre, es la primera en llegar. Pide un vino blanco bien frío y rebusca el antiácido en el bolso. Echa de menos aquella época en que la humanidad sabía comportarse y no le daba más que algún que otro quebradero de cabeza. Esos sí eran buenos tiempos. Ahora las cosas han cambiado. No hay día en que se acueste sin ardor de estómago.*

*—No son los tiempos, querida. Eres tú, que te estás haciendo vieja. Su cita ha llegado quince minutos tarde, Blackberry en ristre, fingiendo, como siempre, estar muy ocupada. Se saludan con besos en las mejillas.*

*—Pues tú tienes más años que yo, rica, perdona que te diga.*

*—Pero los llevo mejor. —Dedica a su antigua favorita una palmada en el muslo—. Bueno, cuéntame, ¿cómo va todo por ahí abajo?*

*—Cada vez hay más gente, y ya sabes lo mucho que me agobian las multitudes.*

*La Creadora sonríe. Sí, lo recuerda, como todo lo demás. Los seres humanos temen el olvido como si fuera la más terrible de las maldiciones. Por eso se esfuerzan tanto, demasiado, por ser recordados. Los que anhelan que su nombre perdure, esos son los que crean el Bien y el Mal; los responsables de todo progreso, y también los culpables de todas las catástrofes.*

*En el fondo, se equivocan. El olvido trae paz. No hay peor maldición que no olvidar nada.*

*—¿Por eso has venido?*

*—No solo por eso. Quería proponerte un trato. ¿Te acuerdas de tu hijo Job?*

*Dios pide la botella, sirve en las dos copas por igual.*  
—*Luci, ¿cuándo aprenderás? Ya hemos pasado por esto.*  
—*Déjame intentarlo de nuevo. Ahora será distinto. Tengo un método infalible.*  
—*¿Y quién sería el afortunado esta vez?*  
—*Afortunada. Se llama Nadie.*

Adela Soriana, *En tierra de Nadie.*

## DÍA 1

Este lunes de octubre no es un día como los demás. No para Adela. El paquete acaba de llegar.

Lo deja encima de la mesa sin atreverse a abrirlo. Conoce muy bien la dirección del remitente. El sobre acolchado, pulcro y flamante, tiene algo de repulsivo. Es una burla, eso es. El sarcasmo de un universo en el que no se puede confiar.

Tanto, tanto tiempo... ¿y para qué? Todo su talento, todo su trabajo... El colegio, el instituto, la facultad, el doctorado. Las estancias en el extranjero. Casi treinta años... ¿para acabar así?

«Es culpa tuya, no te quejes. Te vendiste. Tú te lo has buscado». Así parece increparla el puñetero sobre, mirándola con desvergüenza desde la mesa. Y lo peor es que tiene razón.

El timbre la sobresalta con su habitual berrido, exigiendo su atención desde el otro extremo de la casa.

—Abre, chata, soy yo.

En un par de minutos Patricia —Tris para los amigos— está ante la puerta, renegando, como siempre, por tener que salvar cuarenta y ocho escalones. Entre improprio e improprio aprovecha para dar una calada al cigarrillo.

—Igual sería más fácil si no subieras con los pulmones llenos de humo.

—Y una leche. Lo que tienes que hacer es mudarte de una vez a un edificio que no haya alcanzado la edad de jubilación. Y lo mismo va para tus vecinas. Sobre todo, la de arriba y su famoso bastón.

Da una última calada al pitillo y lo aplasta bajo el zapato. Es una «fumadora social», como ella dice. En otras palabras, solo recurre al tabaco en bodas y noches de borrachera. No entra en sus hábitos el hacerlo de camino a casa de las amigas. Mejor dicho, no entraba antes de que la comunidad de propietarios decidiera colgar en la puerta del edificio un cartel de «SE RUEGA NO FUMAR». Desde entonces aprovecha para encender un pitillo cada vez que entra en el portal.

—Bueno, aquí estoy. ¿Has guardado a la bestia?

—Sí. Pasa.

Tris entra en el apartamento pisando fuerte, con su escote de diez centímetros y sus tacones de quince; que, sumados a su casi metro noventa de altura, la alcanzan hasta esa cima desde la que ella acostumbra a juzgar —y condenar— al mundo entero.

—¿Seguro que el bicho está a buen recaudo? Mira que me da grima...

—Que sí, mujer, tranquila. Está en su terrario. ¿Quieres un café?

—Déjate de cafés.

Saca del bolso un neceser de viaje, abre la cremallera y esparce el contenido sobre la mesita. Habrá más de una docena de botellas de licor en miniatura.

—¿Y esto?

—El botín del último hotel en el que me tocó pasar la noche. Tenía un buen minibar. Y, total, paga el periódico...

Tris, que se mueve en la casa ajena como en la suya propia, abre el aparador y saca dos vasos. Le tiende uno a su anfitriona.

—A propósito de eso, ¿no tendrías que estar ahora mismo en la redacción?

—Qué va. Hoy tocaba *première* de una peli de arte y ensayo. No veas qué peñazo. Con los cinco primeros minutos de visionado ya me vale para hacer la crítica completa. Así que me he escapado de la sala para venir a verte.

—¿Y a qué debo el honor?

Patricia señala el sobre con su whisky escocés de doce años.

—El correo. Te ha llegado hoy, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Es mi trabajo, chata.

De algo tiene que servir ganarse la vida en la sección de cultura de uno de los grandes diarios nacionales. Seguro que también ellos han recibido el dichoso paquete. Y no solo ellos. Televisiones, radios, redacciones de periódicos provinciales, locales, foros literarios, blogueros... El envío se habrá hecho a lo grande.

—¿No lo has abierto aún? ¿A qué esperas? ¿Algún tipo de permiso cósmico, alguna señal?

—¿Por qué piensas eso?

—Porque te conozco como si te hubiera parido, reina, que veinticinco años dan para mucho.

Sí, es mucho lo que han vivido juntas; desde el jardín de infancia, desde los días en que la amistad parecía algo sencillo, que nunca pasaría por duras pruebas, reveses, verdades hirientes ni noches a la intemperie.

Hasta la facultad no tomaron rumbos diferentes: periodismo la una, filología la otra. Pero ni siquiera entonces sus caminos se separaron. Estaban las largas llamadas de teléfono, casi todas las noches. Los cafés de los domingos por la mañana, cuando la resaca del sábado hacía estallar la cabeza y teñía el mundo de gris. Cada una fue partícipe de los

desengaños de la otra, cómplice de las esperanzas, testigo de las escasas ilusiones cumplidas y las muchas sin cumplir.

—Acabemos con esto cuanto antes, ¿te parece?

Tris se pone en pie, alcanza el sobre, lo rasga. A diferencia de las de Adela, sus manos no vacilan.

—¿Ves? No es para tanto.

Entrega a su amiga el contenido del paquete. *Viento de estrellas*. En la portada, una habitación de hotel de estilo oriental y el brazo desnudo de mujer sobre la cama deshecha. Sobre la escena en tonos sepia, la identidad de la autora en grandes letras rojas, a juego con el logotipo de la editorial:

«*Ana I. Rosaleda*»

Trescientas páginas escritas por Adela Soriana, aunque su nombre no aparezca impreso en ninguna parte; y firmadas por una impostora incapaz de redactarlas, pero convertida en autora de éxito por obra y gracia de la diosa Fama.

Milagros de la televisión. Al fin y al cabo, todo el país conoce a Ana I. Rosaleda, moderadora de *A corazón abierto*, el debate más visto en el territorio nacional, un programa en el que, so pretexto de tratar «cuestiones actuales de interés general», una serie de tertulianos vociferan sobre cualquier tema, a condición de que resulte lo bastante escandaloso; y en el que todos parecen pensar que la razón estará de parte de quien sea capaz de gritar más.

Se ha preparado una primera tirada de cincuenta mil ejemplares; que, gracias a la promoción gratuita que la Rosaleda hará en su programa de *su* libro, y a la publicidad extra proporcionada por algunos otros colegas de profesión, podría incluso agotarse en pocos días. Sin embargo, ¿quién compraría una novela firmada por una tal Adela Soriana?

Tendría suerte si llega a vender doscientos ejemplares; y eso después de autopublicarse en alguna plataforma digital que ofrezca sus títulos en formato electrónico. Con los tiempos que corren, pocas editoriales apostarían su dinero para lanzar en papel a una autora novel.

Adela lo sabe muy bien. Tiene a muchos colegas que llevan años trabajando como *freelancers* para una o varias editoriales —ya sea como traductores, como selectores o correctores de textos, o haciendo informes de lectura— cuando en realidad sueñan con ser escritores. Quien más quien menos ha entregado una novela, una colección de relatos o una antología de poesía a la empresa para la que trabaja, con la esperanza de que esta acceda a publicar su obra. En casi todos los casos, con resultados negativos.

—Supongo que nadie lo imagina así, ¿no? Quiero decir, cuando piensas en cómo será cuándo tengas tu primer libro impreso entre las manos. Esperas que, por lo menos, tu nombre esté en la portada...

Tris observa cómo su amiga manosea el ejemplar sin abrirlo, como haría el visitante de un mercadillo que no se decide a comprar el artículo que tiene entre manos. Se lo arrebató y le muestra la foto de la contraportada.

—Este no es tu libro, reina. Acéptalo.

La imagen muestra a la Rosaleda en todo su esplendor, después de pasar por una sesión de maquillaje y peluquería de varias horas, otra de vestuario y, posiblemente, otra de photoshop. Mira directa a los ojos del lector, imponente y segura de sí misma, con esa sonrisa tan suya capaz de inspirar confianza y familiaridad. Posa con la cabeza ligeramente ladeada, la larga melena oscura cayendo a un lado, la barbilla sobre los dedos entrelazados. Sus manos aparecen tan hermosas como en la pantalla, con manicura perfecta, la alianza de boda en la derecha y ese extraño anillo que siempre lleva

en la izquierda —porque, según dice, es su amuleto de la suerte— con el aspecto de un ojo de pupila negra.

Patricia da la vuelta al ejemplar y observa la fotografía con la misma mirada que podría dedicar a una cucaracha que tuviera el descaro de asomar por el suelo de la cocina.

—No te molestes en odiarla, que ya lo hago yo. Mira ese bronceado artificial... Y los dientes tan perfectos... Ni que fuera un anuncio de dentífrico. Y no me hagas hablar de las tetas... Imposible que sean de verdad. Te lo digo yo, que he visto muchas.

Y tanto que sí. Desde la pubertad, ha atraído sin el menor esfuerzo los ojos masculinos. Bien ufana que ha estado siempre por eso. Cuando Adela le preguntaba: «¿Y para qué quieres que te miren, si a ti no te van los tíos?», respondía: «Por eso mismo. Para que rabien por lo que no pueden tener».

Tris abre el libro y lee el texto de la solapa.

—A ver. Ana I. Rosaleda... ¡Pero si tiene la misma edad que nosotras, la muy zorra! Radio, televisión... Casada, madre de dos hijos... Nada original... Y ahora «autora revelación del año, con una impactante novela que te atraparé desde la primera página».

Lo cierra de golpe, con gesto desdeñoso.

—Lo de siempre. Puro *marketing*. Podrá creerse la reina del mambo, pero solo es una más del montón. Mira si no cómo se hace llamar, como si fuera diferente a todo hijo de vecino. Esa «I.» entre el nombre y el apellido... ¿a qué viene?

Adela hace un intento por apelar a la seriedad. Aunque, conociendo a su interlocutora, no servirá de mucho.

—Leí en una entrevista que es un homenaje a su padre. Le pusieron Ana, como a su madre, pero quería que también su padre estuviera presente en su nombre profesional, porque así podría agradecerles a los dos la forma en que la edu-

caron y el haber llegado donde está. Y como él se llama Ignacio, decidió añadirse la inicial...

—No me digas... Qué mona ella.

Deja el volumen sobre la mesa.

—Mira, no te rompas la cabeza con esto. Si no lo hubieras escrito tú, lo habría hecho cualquier otro. Por lo menos que te lo paguen a ti, ¿no? —Apura su bebida y usa el libro como posavasos—. ¿Adivinas qué pasará ahora? Pues estará unas semanas entre los más vendidos y luego... si te he visto, no me acuerdo. En serio, chata, esto se quedará en agua de borrajas. Algún día lo contarás en tus memorias. Y ese día nadie recordará ya a la Rosaleda, mientras que tú te habrás convertido en una escritora famosa. Estoy segura de que lo conseguirás. ¿Y sabes por qué? Porque tienes talento de sobra.

Adela balancea la cabeza, no del todo convencida. Pero al menos ya no arruga el ceño de forma huraña, ni sus gestos encierran amargura. Antes de que la conversación se vuelva demasiado trascendente, Patricia tironea del flequillo a su amiga.

—Pero lo primero es actualizarte un poquito, que estás hecha una rancia. Mira qué pelos me llevas, qué *look*. De pena. A ver si te enteras de que estamos ya en el siglo XXI.

—Pues ya que hablamos de cosas pasadas de moda, a ver si tú modernizas un poco el vocabulario. ¿Quién dice «chata» hoy en día? Ya me dirás dónde vas a encontrar algo más anticuado que eso.

Tris pone los ojos en blanco.

—¿Ves a lo que me refiero? Eso no es anticuado, reina. Es *vintage*.

Apenas su amiga se marcha, Adela se arropa de nuevo en su mundo; un lugar hecho a su medida, en el que no hay cabida para Rosaledas. Primero enchufa la cafetera, después

se dirige a su minúsculo despacho. Sobre la puerta, una placa fosforescente reza «DANGER. *Genius at work*».

Junto a la ventana, en el único espacio que dejan libre la mesa del ordenador y las estanterías de libros, se encuentra el terrario. Lo abre, agarra a Fújur y lo deja en el pasillo, cuidando de mantener cerradas las seis puertas de la casa.

—Ya puedes salir, pequeño. La reina dragón se ha marchado.

La iguana se dirige sin dudarlo hacia los cuencos de comida, para darse un festín a base de pepino recién cortado y agua limpia. Al final del día, el recipiente del agua estará lleno de heces. ¿Qué lógica tiene que un animal se empeñe en defecar en el mismo líquido en el que ha de beber? Que responda quien no haya saboteado ninguna de sus oportunidades en la vida.

El pasillo es su reino, al menos mientras Adela esté sumergida en el suyo: ese universo de posibilidades infinitas que se despliega al encender la pantalla del ordenador. Ni siquiera abre el explorador para leer el correo o bucear un rato en la red. Accede directa al archivo de texto: «*En tierra de Nadie*».

Su novela. LA novela. Aquella que le abrirá las puertas, su carta de presentación al mundo. Lleva trabajando en ella desde hace más de cinco años. Antes de comenzar a escribirla, todo parecía fácil. No había imaginado que las palabras pudieran ser tan esquivas.

Vuelven a su mente las frases de Tris. «Algún día te convertirás en una escritora famosa. Estoy segura. ¿Y sabes por qué? Porque tienes talento de sobra».

Desde que era una niña, esa ha sido la opinión generalizada. Todos la compartían: profesores, familiares, amigos... Y los años parecían darles la razón. Una carrera ejemplar, un doctorado brillante. Hasta que llegó un momento en el que el rumbo se torció.

Veía ante sí toda su existencia, planeada hasta el último detalle por las expectativas ajenas, que ella había llegado a confundir con las propias. Y a veces, de forma inexplicable, sentía que le faltaba el aire. Conseguiría una plaza en la universidad, escribiría manuales de texto, artículos de investigación, libros eruditos y abstrusos que pocos leerían y muchos fingirían entender; se casaría con su novio de siempre, tendría hijos, dos coches, un chalé adosado en una urbanización de semilujo, que le permitiría mirar por encima del hombro a los desdichados que viven en bloques de apartamentos... Una vida respetable, en suma. Una vida que muchos pudieran envidiar.

Entonces ocurrió algo. Se topó con alguien que no entraba en los planes, alguien a quien nunca hubiera debido conocer. Eso la llevó a romper con Diego, su novio de siempre, el que hubiera podido lograr que los esquemas se cumplieran. Y así, perdió un porvenir que todos creían asegurado.

«A este no lo dejes escapar» fue el consejo que recibió de su madre cuando anunció en casa la relación con Diego. Era el único hijo del decano de la facultad, y una boda con él le hubiera asegurado la tan codiciada plaza en la universidad. No importaba que fuera un niño fatuo, egocéntrico y consentido, y, para colmo, sin demasiadas luces. Más tarde, cuando Adela pudo mirar atrás con la perspectiva y la serenidad que solo el tiempo proporciona, y que se nos niega cuando tratamos de evaluar los sucesos cercanos, comprendió que Diego siempre se había sentido amenazado por ella, por su inteligencia, su carácter luchador, su manera de aceptar los desafíos. Pues quien ha nacido y crecido con el camino libre de escollos rara vez es capaz de mirar a la vida de frente, sin bajar la vista.

El abandono fue para él sinónimo de humillación; eso dejó al descubierto su lado más mezquino, junto a una saña hasta entonces desconocida. No paró hasta que, a base de

calumnias, argucias y maquinaciones, le fue retirando la simpatía y el apoyo del resto del departamento, y, a través de su padre, el de toda la vasta red de conexiones familiares. Así, un niño con escasez de luces y abundancia de contactos la expulsó de la carrera académica. Y le demostró que, cuando se trata de triunfar, no basta con tener talento.

En casa, el drama fue monumental. Su madre se mostró aún más despiadada de lo que tenía por costumbre, sin ahorrar reproches hacia una hija tan estúpida como para tirar por la borda su futuro.

—Qué equivocados estábamos contigo —fue su conclusión.

La acusada guardó silencio, pero en su fuero interno reconoció: «Tanto como yo con vosotros».

A partir de ese día, su madre no pierde ocasión de mostrar a las claras lo mucho que Adela la ha defraudado. Siempre ha sido una mujer escudada en la intransigencia de quienes se consideran en posesión exclusiva de la verdad.

A pesar de los años transcurridos, nunca aceptó al nuevo compañero de su hija. Jamás se refiere a él por su nombre, Francisco, sino como «el mamarracho», «el pelambre» o «ese de los tubos en las orejas». Lo llamaría *frikei*, si tuviera noción de que tal palabra existe.

A decir verdad, nunca vio con buenos ojos que Adela dedicara su investigación académica a los cuentos y leyendas populares; aceptó a regañadientes conceder el beneficio de la duda a aquella disciplina solo porque se trataba de una especialidad muy de moda, que auguraba numerosas publicaciones, buen currículum y acceso rápido a una plaza de docente universitario.

Si hubiera sabido que el interés de su hija comenzaba a desmandarse en otras direcciones, habría puesto el grito en el cielo. Los mitos y las leyendas eran la puerta de entrada a

un mundo de una riqueza que Adela nunca hubiera podido imaginar, habituada como estaba a la aridez que se respiraba en la biblioteca de la casa.

En la opinión materna, los únicos textos dignos de encontrar sitio en la estantería son los de investigación y ensayo. Cualquier obra de ficción representa una pérdida de tiempo; y no hablemos ya de la literatura de género, que constituye, de por sí, un anatema.

—Es duro para nosotros, y aún más para ellos —suele decir Fran—, pero somos una generación que se ha formado a años luz de la de nuestros padres. Es, más que un cambio de perspectiva, el acceso a una nueva dimensión.

Solo que, en este caso, hay un problema añadido. El diálogo entre diferentes generaciones es, inevitablemente, difícil. Pero siempre hay puntos de encuentro, si ambas partes están dispuestas a buscarlos. Sin embargo, es imposible remolcar a quien insiste en quedarse atrás.

—No pienses en ello —le ha repetido Tris en varias ocasiones—. Todo eso está a tus espaldas.

¿En serio? ¿Hay algo que, efectivamente, quede a nuestra espalda? ¿O estamos condenados a cargar siempre con el pasado al completo sobre los hombros? Todas las experiencias de la vida dejan su poso.

Recuerda a Fabrizia, esa estudiante milanesa con la que compartió piso durante un curso escolar, hace ya algún tiempo. Se trajo desde casa su propia cafetera: cinco años y dos mil kilómetros de solera.

Era una de esas viejas *mokas* italianas de acero inoxidable, con asa de plástico negro, filtro metálico y dos cuerpos que se montan enroscándose. Tenía un peso más que considerable en relación con su pequeño tamaño.

—¿Por qué cargar con ella hasta aquí? ¿No habría sido más cómodo comprar una nueva al llegar?

Eso preguntó Adela al ver que su compañera sacaba de la maleta aquel artilugio. La aludida contestó que no era cuestión de comodidad, sino de paladar. En una máquina recién comprada, el producto final no tendría el mismo sabor.

De hecho, nunca fregaba el aparato. «Así cada café deja su poso para cuando venga el siguiente». Y, con cada uso, la bebida obtenida gana en aroma, en matices llenos de personalidad y sutileza.

Lo mismo ocurre con las experiencias vividas. Cada una contribuye dejando su propio sedimento. Dulce, salado, ácido, amargo, picante... La suma de todos ellos conforma ese condimento distintivo que da cuerpo a la originalidad.

Adela se lleva la taza a los labios, y al hacerlo comprueba que ya está vacía. Mira el reloj. Lleva más de media hora sentada ante la pantalla y no ha escrito ni una sola línea. Pensar en el pasado suele provocarle ese efecto.

El móvil parpadea encima de la mesa. Acaba de llegar un mensaje.

«¿Qué llevas puesto?».

Sonríe y teclea:

«Un forro polar. Se acerca el invierno».

Cinco segundos después, la pantalla se ilumina de nuevo.

«:)) ¿Cómo va tu día?».

«Estaba pensando que no es para tanto. Los he tenido mucho peores. ¿Y tú?».

Medio minuto. Nuevo mensaje.

«No hay descanso para los malvados. El café aquí es maravilloso. Echo de menos tu capuchino. :-<».

«Me aseguraré de que el capuchino te espere calentito. ¿A qué hora tienes el vuelo?».

Es la primera vez que Fran toma un avión para acudir a una reunión de trabajo. Equipaje de mano, reserva de plaza, tarjeta de embarque... El proceso resulta extraño para ambos.

Hasta el momento, asociaban una visita al aeropuerto con vacaciones: una espita para escapar de la rutina, una recompensa a meses de trabajo intenso y duros planes de ahorro.

—Si logramos el contrato, habrá que hacer esto con más frecuencia —dijo él al despedirse.

—Es la única razón por la que lamentaría que lo consigieras.

El «Proyecto California», así lo llaman en la oficina. Aunque, en realidad, de ser elegida, su empresa se integraría en una red de trabajo multinacional, con inversores en Los Ángeles, un centro de coordinación general en San Diego, un equipo de programadores ingleses...

Ahora la respuesta tarda un par de minutos.

«Vuelvo a la sala de conferencias. Estaré en casa para la cena. No cocines nada, solo prepárate tú. Tengo una sorpresa. :x».

El resto del día transcurre con esa extraña sensación atemporal que proporciona la rutina. Tras aligerar la cola de *mails* pendientes de respuesta en la bandeja de entrada y adelantar cinco capítulos de la última novela que la editorial le ha encargado corregir, Adela da por concluida la jornada de trabajo. No ha sido una mala tarde.

Empieza a tener hambre. La televisión del 3° A, con su volumen atronador, inunda el salón mientras emite los reportajes del telediario; señal de que son más de las 21:00, y también de que la buena de Marita sigue empeñada en no ponerse ese audífono que tanto bien les haría a ella y a los vecinos que la rodean. Mirando el lado positivo, hay que reconocer que Adela, a quien no puede considerarse una gran seguidora de las noticias, nunca ha estado tan bien informada como ahora.

A las 21:45 se oye el sonido de una llave en la cerradura. Fran hace su entrada triunfal, con la mochila de viaje a la espalda y, en la mano izquierda, una bolsa con el logotipo de la pizzería de la esquina.

Reservan ese ritual para las noches de los domingos. Pero resulta insólito para una velada entre semana. Adela mete la nariz en la bolsa para ojear el contenido. Sí, sin duda debe de tratarse de una ocasión especial. Hay hasta alitas de pollo.

—¡Vaya! ¿Qué celebramos?

—Luego te lo digo. Pero antes...

La insta a que se siente en el sofá, frente a la televisión.

—Solo te daré una pista. Blu-ray, edición de coleccionista, recién llegada del otro lado del Canal de la Mancha. Aquí aún no se comercializa. Se la encargué a un compañero inglés que venía a la reunión.

Le pide que se ponga los auriculares y cierre los ojos. El sonido del televisor vociferante al otro lado de la pared se diluye. A los pocos segundos, inunda sus oídos una melodía que hace que le dé un vuelco el corazón. Es una música que susurra al alma, sin palabras que coarten su mensaje. La conoce muy bien. *Yumeji's theme*, de Shigeru Umebayashi. Una emoción intensa hecha sonido, de una melancolía dolorosa. El tema inicial de aquella película al término de la cual ambos se rindieron por primera vez, un día ya alejado en el tiempo que, de repente, parece tan cercano.

Para los títulos de crédito, la vecina ya se ha ido a dormir. Hora de quitarse los auriculares y escuchar en los altavoces del *home cinema* a Nat King Cole, con su voz desgarrada.

—¿Recuerdas? Llevabas un bolso de bandolera, y el pelo recogido en una coleta. Pendientes largos, falda corta, unas sandalias rojas y esa condenada blusa tan difícil de desabrochar.

—Sí, y tú llevabas una camiseta con el robot de Futurama.

Sabe que Fran sonríe, aunque no le ve la cara. Está recostada sobre su hombro, rodeada por su brazo. Nota su sonrisa con el cuerpo entero, con el alma. *Mister Cole* canta como si se arrancara las palabras de las entrañas con las manos desnudas.

«Aquellos ojos verdes de mirada serena  
dejaron en mi alma eterna sed de amar.  
Anhelos de caricias, de besos y ternuras  
de todas las dulzuras que sabían brindar».

—¿Recuerdas lo que te dije?

—No. ¿Me lo repites?

Él ríe, le roza la oreja con los labios y susurra:

—«Me has dejado ver lo que guardas dentro de ti. Ahora ya no hay forma de que te deje escapar».

La canción termina. Se apodera de la pantalla el logotipo de la distribuidora. Después, silencio.

—¿Y sabes una cosa? Todo eso que llevas en tu interior... aún lo veo. Pero me preocupa que tú hayas dejado de verlo.

Adela se aparta, con el ceño fruncido.

—¿A qué viene eso?

Fran se levanta. Se encamina al dormitorio y, al poco, vuelve al salón con un póster enrollado en la mano.

—Vamos, ábrelo.

Ella lo despliega. La imagen representa la carátula de un libro. El título, *En tierra de Nadie*, aparece resaltado en grandes caracteres blancos; y, sobre él, el nombre de la autora:

«Adela Soriana».

La portada recoge un paisaje nocturno. En primer plano, una mano de mujer hace ademán de atrapar la luna. Al fondo, desenfocados, un cielo mudo y las luces clamorosas de una gran ciudad.

Lo reconoce. Es un montaje a partir de una foto que Fran le sacó desde la terraza del hotel, en aquel viaje que hicieron juntos a Nueva York. En la muñeca lleva la pulsera que él le regaló aquella noche, con eslabones que representan los rostros de la luna: llena, menguante, nueva, creciente.

Siente que los ojos se le humedecen. Se gira, con la intención de darle la espalda, y se aparta unos pasos. Él la sigue. Un día prometió que no la dejaría escapar. Y tiene intención de cumplir su palabra.

—Hey, ¿estás bien?

Asiente con la cabeza. No le gusta que la vean llorar. Ni siquiera él.

—Sí. No, es solo... Me he quedado sin habla.

—Sería la primera vez. ¿Te gusta?

—Mucho.

Le da un cachete en la mejilla como muestra de agradecimiento. Él, que la conoce bien, aprecia el gesto en lo que vale.

—Estupendo. Un asunto menos del que preocuparte. Cuando termines la novela y los editores se peleen por contratarte, no tendrás que temer que te endosen una de esas portadas espantosas que se ven por ahí. De algo tenía que servir tener en casa a un diseñador gráfico, ¿no?

Adela finge escandalizarse.

—Ahora lo entiendo todo. No lo haces por mí, estás vendiéndome tu producto. Vaya, menudo plan de *marketing* te has montado. Y pensar que todo esto no es más que una estrategia de presentación...

Fran la toma de la mano.

—Pues espera a ver las conclusiones que tengo preparadas.

Ella ríe y lo sigue hasta el dormitorio. Desde luego, sabe cómo utilizar argumentos convincentes.